

destruirla. Channing no vacila en aplicar esta doctrina á la naturaleza física del hombre, lo mismo que á sus facultades intelectuales y morales. El cuerpo es santo, de igual modo que lo es el alma, porque el cuerpo y el alma no forman sino un solo sér que emana de Dios, ó en el cual, como diríamos hoy, está Dios inmanente. Despreciar el cuerpo, ¿no sería despreciar á Dios? Nuestra misión es desarrollar nuestra naturaleza en todas sus fases (1).

La doctrina de Channing es la de todos los protestantes modernos; y áun muchos católicos la admiten, sin sospechar que admiten un nuevo cristianismo. Considerado desde el punto de vista moral, puede decirse que el cristianismo de Jesús es una ley de perfeccionamiento, puesto que él nos recomienda que seamos perfectos como nuestro Padre que está en los cielos. Pero es indudable que por esa perfección no entendía el desarrollo intelectual, ni mucho menos el desarrollo físico. ¿Entre qué personas eligió sus discípulos? ¿Fue entre los sabios, ó entre los sencillos? Y el más grande de sus apóstoles, el único que tuvo una educación literaria, ¿no condena la ciencia, porque dice que la ciencia envanece? ¿Cultiva la ciencia un verdadero cristiano por ella misma? Respecto á lo que nosotros llamamos progreso material, Jesucristo le era decididamente hostil. ¿Quién no recuerda sus maldiciones contra los ricos y sus máximas favoritas sobre la riqueza y la pobreza? ¿No fueron sus palabras las que, en cierta época, indujeron á la Iglesia á mirar la pobreza y áun la mendicidad como un estado de perfección? Luego de ahí debe inferirse que la riqueza es un estado de imperfección, ó, por lo ménos, un obstáculo para la salvación. Inútil es insistir sobre la vida política: Jesús permaneció completamente extraño á ella, y á un verdadero cristiano le inspirará siempre poquisimo interés. Los protestantes echan en cara á la Iglesia como un crimen su indiferencia por los grandes intereses de la humanidad, ó su hostilidad á esos mismos intereses (2). La acusación es fundada. Ni uno solo de los progresos cumplidos desde hace varios siglos se debe á la Iglesia. La libertad, la más preciosa de nuestras conquistas, no ha sido

(1) CHANNING, *Remarks on the character and writings of Fennelon* (*Discourses, reviews and miscellanies*, p. 188-190).

(2) PARKER, *La Fe de la Iglesia como principio de moral* (*Works*, t. IV, p. 201).

conquistada por ella, sino contra ella, y en la Iglesia encuentra siempre su más encarnizado adversario. La abolición de la esclavitud no se debe á los concilios, sino á las asambleas políticas. ¿Qué decimos deberse? La esclavitud ha encontrado defensores entre las gentes de Iglesia, y esas gentes han invocado la palabra de Dios para legitimar, para eternizar un crimen! ¿Á quién se deben las invenciones que trasforman el mundo? ¿Al clero? De ningún modo: á la ciencia laica.

Esa reconvencción tiene sobrado fundamento; pero ¿quién es el culpable? ¿Es la Iglesia, ó es el cristianismo? En vano se pretendería negar que el gran asunto del cristiano es la salvación del alma. Y esta salvación, que debe cumplirse en otro mundo, consistió en una existencia puramente espiritual, en una felicidad de tal manera mística, que los hombres no han podido concebirla nunca. Hé ahí el origen del falso concepto que los cristianos tienen de la vida presente. ¿Cómo han de tener apego á los más sagrados lazos del mundo, cuando este mundo no es sino un lugar transitorio é imperfecto y cuando esos lazos quedarán para siempre rotos por la muerte? En el cielo no habrá ya familia, ni casamiento, ni ciudad, ni libertad, ni ciencia, ni industria, ni comercio. ¿Á qué interesarse por todas esas cosas? ¿No vale más empezar en esta tierra la existencia angélica que nos espera después del sepulcro? Suponed á los hombres penetrados completamente de esa creencia; ¿serán entonces ciudadanos de este mundo ó de la celeste Jerusalén? Si queremos que la religión del porvenir se interese por la vida civil y política, es indispensable que empecemos por cambiar la concepción del destino humano. Esta revolución se cumple á nuestra vista, lo mismo en el seno del protestantismo liberal que en el de la filosofía, y de ello hay abundantes testimonios. Citarémos algunos para demostrar lo que la doctrina actual tiene de incompleto. Sin embargo, no es poco el haber abierto el camino de la transformación.

El grave error de los cristianos, lo mismo que el de todas las religiones del pasado, consiste en que se han representado el término final del hombre como un estado de felicidad absoluta. Los cristianos han hecho consistir la felicidad en la visión de Dios; otros han traspasado al paraíso los goces de este mundo. Es indudable que Dios ha criado al hombre para que sea dichoso y no desgraciado;

pero falta saber en qué consiste la felicidad. El hombre la busca en los goces, y los goces huyen de él, como el espejismo que extravía al viajero en el desierto. La felicidad entendida de ese modo, colóquese en el otro mundo ó en este, siempre será una cosa imaginaria. El hombre no ha nacido para gozar, ha nacido para obrar, y tiene por misión desenvolver todas las facultades de que Dios le ha dotado. Este desarrollo no se cumple sino por el trabajo y la lucha; luego el destino y la felicidad del hombre consisten en trabajar y luchar. Y este trabajo y esta lucha no son una agitación sin objeto ni fin, porque el progreso es la ley de la vida, y á medida que el hombre se perfecciona, avanza hácia el término de su destino. En este sentido, su felicidad aumenta á cada nuevo progreso que cumple. Verdad es que el trabajo y la lucha implican también dolor y sufrimiento; pero hay sufrimientos santos que el hombre no deplora: ¿no bendice la madre los dolores del parto, cuando estrecha al recién nacido contra su seno? (1).

Esa concepción cambia completamente la idea que los cristianos tienen de nuestro destino. "Su único y exclusivo cuidado, dice el pastor Bost, era su salvación en la eternidad, cuidado muy respetable sin duda, pero que conducía á lo que ha podido llamarse un empequeñecimiento de la vocación cristiana y humana. Hay algo mejor que la consagración de todos los cuidados á ese objeto exclusivo, y es que el hombre viva bajo el imperio de las grandes verdades que establecen una especie de puente entre el cielo y la tierra, y hacen de la vida humana, en este mundo, la iniciación de la vida eterna. El arte, la ciencia, el deseo de cierto bienestar, los atractivos de la vida son cosas legítimas, puesto que ellas responden á lo que exigen nuestras facultades ó nuestras necesidades; el puritanismo, que las condena ó las desdeña, porque no se relacionan con la salvación del alma, se coloca fuera de la verdad, exalta una de las fuerzas humanas atrofiando las otras, destruye de ese modo un equilibrio que nunca se destruye impunemente, y arroja el descrédito sobre una religión que tan imperfecta obra produce," (2).

Los liberales confiesan que la religión entendi-

(1) CHANNING, *Discurso pronunciado sobre la tumba del pastor Follen* (*Works*, t. III, p. 161 y siguientes).

(2) BOST, *Le Protestantisme libéral*, p. 191 y siguientes.

da así cambia de naturaleza. Y esto es tan verdadero, que los partidarios del cristianismo tradicional dicen que lo que nosotros llamamos la religión del porvenir no es ya una religión. Pues al contrario, es preciso proclamar que la religión del pasado no ha sido sino un comienzo de religión, y que la del porvenir, en vez de limitarse á una muy circunscrita esfera del alma, abarcará todas las fases de la vida. El cristiano divide su existencia en dos partes: separa la religión de las cosas profanas, y, por consiguiente, dedica ciertos días á la religión y consagra ciertas horas á los ritos, á las ceremonias, á las prácticas llamadas religiosas; el resto del tiempo le dedica á los negocios temporales, tratándolos como si fueran completamente extraños á la religión. Hé ahí lo que, en realidad, llegan á ser para la masa de los fieles los cuidados de la salvación; se ocupan de ella los domingos. El cristianismo es una religión dominical, de la cual se preocupa el lunes, y á veces el domingo mismo después de la misa ó de la plática. Con la religión del porvenir no sucederá eso, porque ella no admite el dualismo de las cosas profanas y de las religiosas; en ella todo será religioso, lo mismo la vida civil y política que la celebración del domingo. Entonces no será una marca de santidad huir del mundo y morir á la vida. El hombre permanecerá en el medio en que Dios le haya colocado; y lejos de separar á Dios del mundo, verá en las leyes inmanentes del mundo físico y moral otras tantas voluntades divinas, y se convencerá de que Dios le ha llamado á vivir en sociedad como esposo y padre, como ciudadano de una ciudad y de un país, como miembro de la gran familia humana, y de que vivir de esa manera es ser religioso é inspirarse en Dios. Entonces la religión que consistía únicamente en formas, ritos y dogmas, perderá todo valor. Entonces la vida religiosa ocupará aparentemente poquisimo espacio en una existencia tan bien empleada; pero en realidad la llenará toda, porque toda ella será una continua plegaria.

Representese la religión, excluida hasta ahora de la vida civil y política, penetrando en ella para santificarlo todo. Pues eso será la religión del porvenir. Oigamos á un pastor protestante: "Según la profunda expresión de un apóstol, el comer y el beber, el sueño y la vigilia, el reposo y el trabajo, todo será para gloria de Dios. El labrador en su arado, el obrero en su fábrica, la madre junto á la

cuna de su hijo, el hombre de negocios en su gabinete, el artista en su taller, el sabio en sus investigaciones, á todos animará, así en las grandes cosas como en las pequeñas, un espíritu religioso, y ese espíritu no será sino el amor de la perfección divina. Por religión se trabajará entonces para extinguir las miserias y las corrupciones sociales. Por religión será el hombre liberal en política, reformador y filántropo. Y por religión querrá instruirse siempre, y cuidará de que los demás se instruyan también y sean cada vez más perfectos. ¡Luz! ¡Siempre luz! Tal será el homenaje que la religión rendirá á Dios, que es la luz por excelencia. (1).

La religión del pasado condena la libertad y á los que sacrifican su vida por ella. Por el contrario, en la religión del porvenir, la libertad toda entera, política, civil y religiosa, será el primer dogma de los fieles, porque el hombre no puede desarrollarse ni perfeccionarse más que por medio de la libertad. La religión del pasado santificaba á los héroes del desierto y del claustro, seres inútiles para ellos mismos y para la sociedad. En la religión del porvenir se celebrará la memoria de los hombres que se esfuerzan por remediar los vicios y las miserias que aquejan á la sociedad humana. "Si, exclama Mr. Réville, esas almas generosas que no pueden soportar el espectáculo de la iniquidad, ni el sufrimiento del débil y del pobre, ni las horribles consecuencias de la ignorancia; esos seres que consagran sus estudios y sus esfuerzos á mejorar y elevar las clases inferiores, figurarán entre los que aplican con más rectitud y con mejor criterio la grande y hermosa ley de la caridad. ¡Benditos seáis, vosotros, los que os sentís animados de esa noble ambición, de ese amor de Dios que os obliga á trabajar en el avanzamiento de su reino!", (2).

Tal es la religión del porvenir comparada con la religión del pasado. Una reserva tenemos que hacer, y es que la transformación no es todavía bastante completa. Los protestantes liberales hablan siempre de una vida eterna, para la cual es la vida terrestre una iniciación. ¿No es esto mantener el mismo dualismo que combaten? En vano será

(1) RÉVILLE, *Théodore Parker, sa Vie et ses Œuvres*, páginas 115-118.

(2) RÉVILLE, *Conférences sur le christianisme* IV^e Conférence, le *Christianisme de Jésus-Christ*, p. 15-16.

que digan que el hombre debe cumplir en esta vida todos los deberes que sus relaciones le imponen: si esta vida es radicalmente distinta de la vida futura; si la una se representa como pasajera y la otra como eterna, ¿cómo ha de estimar el hombre una vida de algunos instantes? Para no incurrir en los errores del dualismo cristiano no hay más que un medio, cual es negarle en su principio, identificando la vida eterna y la vida presente. No se nos oculta que en esto hay un nuevo escollo, á saber, la negación de la vida eterna. A nuestro juicio, esa es la cuestión fundamental de la religión; si se resuelve dudando de la vida futura ó negándola, puede entonces decirse que ya no hay religión.

§ IV. — La vida futura.

N.º 1. — El dogma cristiano.

I.

¿Necesitamos discutir el dogma del infierno? Esto sería lo mismo que si los filósofos, en tiempo de Cicerón y de Séneca, se hubieran entretenido en atacar la ciencia de los augures. Entonces se contentaban con decir que dos augures no podían mirarse sin reírse. ¿No sucede hoy lo mismo con el infierno? ¿No sería una simpleza criticar un dogma en el cual no cree nadie? Ciertamente es que el infierno figura en los catecismos, y que sale á plaza en alguno que otro sermón. Pero entre la gente que piensa ya no se encuentra un solo hombre, ni en la Iglesia protestante ni en la Iglesia católica, que no rechace esa horrible creencia. Cuando se despierta la razón del niño, el primer artículo de fe que rechaza es el de las penas eternas. El biógrafo de Parker nos dice que desde que éste comenzó á reflexionar sintió un indecible horror á la idea de un Dios que condena la inmensa mayoría de sus criaturas á tormentos sin fin, hasta en la eternidad, y que fué para él un inmenso alivio cuando supo que había excelentes cristianos que no creían en el infierno (1).

De esos excelentes cristianos hay muchísimos, tantos, que atrevidamente podemos afirmar que en el seno de la Iglesia protestante no existe ya esa creencia. ¿Cuál es el fundamento más sólido del

(1) RÉVILLE, *Théodore Parker, sa Vie et ses Œuvres*, p. 21.

dogma que hoy subleva nuestra conciencia? El pecado original. Según dicen, Dios mismo pronunció la sentencia de muerte contra el primer hombre y contra toda su posteridad, y para salvarnos de esa terrible condenación se necesitan la fe en Jesucristo y el auxilio sobrenatural de la gracia. De ahí la consecuencia contra la cual protesta enérgicamente la conciencia moderna: que el niño acabado de nacer está condenado, porque forma parte de la masa de perdición. Un pastor reformado dice que ese dogma que se formuló en las confesiones del siglo XVI le repudia ya todo el mundo. El infierno se derrumba, pues, como se derrumba el pecado original; y si todavía figura en el formulario oficial, dice M. Bost, la conciencia general le desecha; y si se consulta á los fieles individualmente, muy contados serán los que le den crédito. ¿Qué dicen los que abandonan esa creencia secular? Escuchemos sus quejas. No somos nosotros los que hablamos; poco importa nuestro sentimiento... Lo que vamos á oír es la voz de la humanidad.

Los que no creen ya en el infierno dicen que el amor de Dios es incompatible con tormentos eternos que son estériles para los que los sufren. Dicen que Dios, que es todo caridad y justicia al mismo tiempo, no castiga para inferir el mal, sino para corregir á los culpables, y que esto supuesto, las torturas gratuitas, los sufrimientos que no tienen ningún efecto educador no son ni pueden ser morales. Dicen que nuestra propia conciencia los condena, porque el sentimiento de lo justo no permite que se infiera un castigo eterno por una falta que no puede ser sino finita, puesto que ha sido cometida por un ser finito. Dicen que para encontrar, no una justificación, sino una excusa á esa injusticia palmaria, ha sido preciso suponer que los hombres, después de esta corta vida, no podrán ya arrepentirse y que pecarán durante la eternidad, lo cual conduce á esta horrible blasfemia: que la gracia de Dios no podrá ó no querrá ya cambiarlos. Dicen que la gracia de Dios es todopoderosa y su caridad inagotable, y que de ahí se deduce la consoladora creencia de que el bien concluirá por triunfar del mal. Y añaden que no son ellos solamente los que rechazan esas doctrinas, sino todo el mundo. Salvo un pequeño número de hombres, especie de seres antediluvianos que representan un mundo que ha perecido ó que se transforma, no hay ya nadie que tenga el valor de imponer silencio á la voz

que grita en nuestro corazón. Los mismos ortodoxos no se atreven ya á aceptar las consecuencias del dogma que mantienen, más bien que por fe, por respeto á la religión tradicional, y las atenúan y acomodan á nuestros sentimientos humanitarios. En otro tiempo se decía: hay muchos llamados y pocos elegidos. Hoy se dice: hay muchos elegidos y pocos condenados. De modo que el cielo se ensancha y el infierno se estrecha. Signos inequívocos que anuncian el fin de un dogma (1).

El dogma de las penas eternas es tan contrario á la caridad de Dios, tan contrario á su justicia, que no puede uno menos de preguntarse con una especie de ansiedad cómo han podido los hombres creer en el infierno durante siglos. ¿Qué es la razón humana, si puede extraviarse hasta ese extremo y obstinarse en semejante error? Cuando se consulta la historia, se tiene la dicha de saber que, no sólo los espíritus más generosos y elevados de los primeros siglos, sino Padres de la Iglesia y hasta santos, negaron la eternidad de las penas y enseñaron la salvación universal de todas las criaturas, sin exceptuar los condenados. Hoy se pretende que esa creencia fué un error particular de Orígenes. Pero no es exacto. La escuela entera de Alejandría participaba de esos sentimientos, y en ese mismo orden de ideas encontramos á toda la Iglesia de Oriente: esta era también en el siglo IV la opinión general de la cristiandad (2). San Clemente y San Gregorio de Niza profesaron una doctrina idéntica á la de Orígenes, salvo algunas diferencias de detall, doctrina que en otra parte hemos expuesto (3). En ella se encuentran errores, pero hay también verdades que los cristianos no deberían rechazar, porque tienen su fundamento en la caridad infinita de Jesucristo. Recordemos algunos rasgos de la filosofía de Orígenes, aunque no sea más que para confundir la estrechez de espíritu de los ortodoxos modernos.

En su caridad infinita, Jesucristo quiere que todas las criaturas se salven. Si no vino á la tierra sino miles de años después de nuestra caída, no quiere esto decir que hasta entonces permaneciera inactivo: Él fué quien inspiró á Moisés y á los profetas. Cuando llegó el tiempo en que debía venir á

(1) BOST, *le Protestantisme libéral*, p. 64-66.

(2) GIESLER, *Lehrbuch der Kirchengeschichte*, t. I, § 63.

(3) Véase mi *Estudio sobre el cristianismo*.